

nes que conocemos engañosos, y à los deleytes que tantas veces experimentamos amargos? Pues de qué sirve aquel conocimiento, y aquel desengaño, si son nuestras las obras? Almas, dónde está nuestra Caridad? Luego muy bien nos dice el Catecismo, que para conseguir nuestro fin, para llegar à la Gloria, ha de ir con obras de Fé, Esperanza, y Caridad. Así lo conozco, y lo confieso. Mas por ultimo no he de dexar de decir una cosa, y es: que hoy el Padre no nos ha contado exemplos como otras veces. Ha havido mucho que explicar, no me hagan tantas preguntas, y yo les diré mas exemplos. Pero ahora vaya éste que lo abraza todo.

Refiere Sofronio en su Prado Espiritual, que San Ginés, Obispo Cirenense, haviendo convertido à nuestra Santa Fé à un famoso Médico llamado Evagrio, pidióle en una ocasion trescientos ducados para dar de limosna à los pobres. Diólos él de buena gana, y agradecido el Santo Obispo, escribió de su mano una cedula, en que obligando por su fiador al mismo Jesu-Christo, le prometia que le pagaria Dios à ciento por uno aquellos trescientos ducados. Firmóla, y se la entregó à Evagrio. Passado algun tiempo, llegandose à Evagrio la muerte, llamó à un hijo suyo, y entrególe aquella cedula, mandandole, que quando llevassen su cuerpo à darle sepultura, se la pusiese en el pecho. Así lo executó el hijo. Y yá havian pasado tres dias despues de enterrado, quando Evagrio le apareció al Santo Obispo Ginés, y le dixo: Padre, vé à la Iglesia, y abre mi sepultura, que te quiero volver la cedula que me diste. Al siguiente dia, convocando el Obispo todo el Clero, y el Pueblo, ván todos à la Iglesia, abren la sepultura, y hallan que tenia Evagrio aquella cedula en la mano: tomósela el Obispo, y vió, que à las espaldas de lo que él havia escrito estaba esta carta de págo, y recibo: Yo Evagrio, Médico, à tí Santísimo Ginés, Obispo, digo: que los trescientos ducados que te dí para que diesses limosna à los pobres de Christo, prometiendome tú, que Dios me pagaria ciento por uno: confieso delante de la Santa Iglesia, que me doy por muy contento, y muy bien, y colmadamente pagado de la dicha promessa, y que ya no tengo mas que pedir, ni à tí, ni à Jesu-Christo mi Señor, y Redentor del Mundo. Oyendo esto, rebosó en todos el regocijo en lágrimas, y voces de alabanzas à Dios, y el Obispo hizo guardar para eterna memoria aquella cedula. Oh! y si la llevaramos todos dentro del corazon guardada, para avivar nuestra Fé, para alentar nuestra Esperanza, para afervorizar nuestra Caridad. ¡ Oh, mi Dios! Si así sabes pagar, ¿quién no te prestará quanto tiene, para tenerlo seguro? Quién no te entregará todo su corazon, todo su amor, y toda su alma, para lograr con la Fé tu vista, para alcanzar con la Esperanza tus premios, y para gozar con la Caridad tu Gloria?

## PLATICA XIV.

### DE LA PRIMERA VIRTUD Theologal, que es la Fé.

A 20. de Julio de 1690.

**D**E tener un mismo nombre las cosas que entre sí son distintas, nacieron en el mundo los equívocos; que si tal vez agradan, porque parecen agudezas, las mas veces dañan, porque son engaños: que esto de hablar con equivocacion, por mas que quisieron llamarlo artificio los Políticos, lo cierto es, que es muy antigua maña de tramposos, equivocar para confundir, y confundir para engañar. Por esto la verdad aborrece toda equivocacion; y si en nuestra Fé gozamos nosotros la verdad suma, la verdad eterna: por esto ni aun en el nombre de la Fé hemos de permitir equivocacion. Yá, pues, este nombre Fé, segun las ocasiones, significa cosas muy diferentes. Lo primero, este nombre Fé, significa la fidelidad, ahora sea en la promessa que hacemos, la palabra que empeñamos de hacer, y de cumplir alguna cosa: por esto el que así promete empeñando su palabra, suele decir: *Harélo à fé de hombre de bien*. Ahora sea la fidelidad que guardamos en cumplirlo: y así esse cumplirlo, decimos, que es guardar la fé prometida; y por esto, de un tramposo, que nada paga, y nada cumple, suelen decir, *que no tiene fé con nadie*. Y esta es tambien la que llamamos fé conyugal; esto es, aquella obligacion, que mutuamente se tienen entre sí los casados, de guardarse el uno al otro la fé del Matrimonio, de cumplir las obligaciones, que el uno al otro se prometieron en su santo estado. En otra significacion llamamos tambien fé à la confianza que de uno tenemos; por esto solemos decir: *No tengo fé con fulano*; esto es, no confio que él me haya de hacer algun bien. *No tengo fé con esse medicamento*; esto es, no tengo confianza, que este medicamento me ha de dar mejoría. Significamos tambien con este nombre fé, la intencion, la conciencia con que obramos; por esto se dice: *Fulano erró, pero obró con buena fé*. En este sentido los Juristas, al que posee alguna cosa con mala conciencia, porque la hubo mal habida, porque la compró sabiendo que era hurtada, ó que no podia ser vendida, le llaman *poseedor de mala fé*, que nunca prescribe, siempre está obligado à restitution. Por el contrario, el que obtuvo alguna cosa sin malicia alguna, creyendo que compraba bien, y que lícitamente la posee, le llaman *poseedor de buena fé*. Así tambien llamó fé à la conciencia S. Pablo (ad Roman. 14.) *Omne quod non est ex Fide, peccatum est*. Todo lo que se hace contra el dictamen de la propria conciencia, es pecado; como veremos quando expli-

plicaremos los daños de la conciencia erronea.

Yá, pues, en ninguna de estas significaciones tratamos ahora de la fé, sino en quanto significa la credulidad con que creemos lo que otro nos dice. Y yá, si creemos lo que nos dicen los hombres, se llama fé humana, por eso en los instrumentos públicos decimos, que han de estar firmados de las partes, ó las otras jurídicas ceremonias, *para que hagan fé*; entendiendose fé humana, sin la qual no se pudiera vivir entre los hombres. Diganlo quales andan con tan poca fé los Comercios, con tantas mentiras los tratos, y quan rebueltas con creer à los chismes las cosas. Mas esto tendrá su lugar en el *ni mentirás* del octavo Mandamiento. Pero si lo que creemos es lo que dice Dios, y lo creemos porque Dios lo dice, esta es la Fé Divina de que tratamos. Y si sin la fé humana es tan difícil vivir entre los hombres; sin esta Fé Divina es del todo imposible vivir con Dios: *Justus ex Fide vivit*, dice San Pablo.

De ésta, pues, como principal, y unica puerta por donde hemos de entrar à nuestra eterna dicha, como fundamento, y basa sobre que ha de estrivar toda nuestra felicidad, y toda nuestra gloria, pregunta hoy el Catecismo: *¿Qué cosa es Fé?* Aun en el modo citá Theológica la pregunta; forzoso es que sea Theológica la respuesta; procuraré aclararme: *Fé* (responde) *es una luz, y conocimiento sobrenatural, con que sin ver creemos lo que Dios dice, y la Iglesia nos propone*. Ni le falta palabra, ni le sobra; y abraza en estas todo lo esencial de la Fé. Es una luz, que eleva el entendimiento à conocer lo que no alcanza; por eso dice: *Luz, y conocimiento*, porque no es la Fé luz material de los ojos del cuerpo, sino luz, que recibiendo en el entendimiento, lo eleva, lo sublima à crear, y conocer verdades, que él jamás pudiera con sus fuerzas naturales alcanzar. Por eso es esta luz sobrenatural. Añade luego la obscuridad, que es à la Fé del todo necesaria; por eso dice: *Con qué sin ver creemos*; porque si la luz material alumbra para que vean los ojos, esta luz sobrenatural, esta luz divina alumbra al entendimiento, para que él crea lo que los ojos no vén: *Argumentum non apparentium*, la llamó San Pablo. Y San Agustín: (Hurt. de Fid. D. 49. f. l. n. 3.) *Quid est Fides? Credere quod non vides*. Lo que creemos, pues, y no vemos, es lo que Dios nos dice; ese es todo el objeto, y el blanco de nuestra Fé Christiana; y para que lo creamos es menester que nos lo proponga la Iglesia: eso es ser nuestra Fé Cathólica.

Yá, pues, esta misma, que el Catecismo llama luz sobrenatural, otros Theólogos dicen, es una virtud sobrenatural; otros, es un habito infuso; y todos por diferentes palabras dicen una cosa misma. Explicalo la primer Lumbra de la Theología Jesuítica, el Eximio Doctor Padre Francisco Suarez: (de Fid. D. 7. f. l. n. 5.) Mirad, dice, los que llaman à la Fé habito infuso, explican lo que la Fé hace de parte del entendimiento, que es ayudarle, y facilitarle à creer lo que él por sí solo

jamás pudiera; los que la llaman luz, explican así lo que hace la Fé hácia el objeto, que es mostrarle al entendimiento su objeto soberano, que es Dios. Así, pues, la Fé es luz sobrenatural, y es habito infuso, todo es uno. No es mucho que una misma cosa se explique con dos nombres tan distintos; mireno claro. A una vela unas veces la llamamos candela, otras luz. Candela, porque arde: luz, porque alumbra. Candela, por el fuego que tiene ceñido en la llama: luz, por lo que esparce en la esfera. Así, pues, la Fé es luz sobrenatural, por lo que nos alumbra hácia Dios; y es habito infuso, porque infundiendolo Dios, nos facilita el entendimiento, para que él pueda creer lo que sin ese habito sobrenatural, è infuso no pudiera. Padre, eso yá lo he entendido: ¿pero qué es habito infuso? Buena pregunta: esto quedará dicho: Hay unos hábitos adquiridos, otros infusos. Habito adquirido llamamos aquella facilidad, que conseguimos con repetir muchas veces à hacer una cosa. ¿Qué piensan que son todas las Artes, todos los Oficios? Hábitos adquiridos con la repeticion, y continuacion de hacer una cosa misma. ¿Con qué facilidad toca un Musico un instrumento! con qué presteza corre un Pintor las lineas, formando una imagen! qué al desgayre se pasea el otro por la maroma! parece que está jugando: pues lleguese à hacerlo uno que no sabe, las manos le parecen de plomo, los dedos se le hacen de piedra, y los pies le pesan diez arrobas: todo le embaraza, todo le ataja, y al fin no acierta. ¿Qué es esto? Por qué hace aquel con tanta facilidad lo que à éste se le hace imposible? Saben por qué? Porque aquel tiene habito adquirido, y éste no. Quien facilita à aquellos el habito que tiene; porque lo ha hecho yá muchas veces, porque muchas veces lo ha usado. Así, pues, el habito infuso nos facilita à hacer las cosas, que por ser sobrenaturales, no las pudieramos jamás hacer, si Dios no nos infundiera ese habito. Aquel otro lo adquirimos, porque es de cosas naturales, que caen debaxo de nuestra maña, de nuestro ingenio, y de nuestra industria; pero éste jamás pudieramos adquirirlo; porque siendo de cosas, que están mas allá de todas las fuerzas de naturaleza, solo Dios, por su infinita misericordia, nos lo dá, y nos lo infunde.

¿Pues qué, piensan que esa facilidad con que creen los Mysterios de nuestra Fé, no es mas que porque quieren? Fuera eso error, y heregia de Pelagio, condenado en el Concilio Arauficano. (Conc. Arauf. c. 6. & 9.) Entendamos, pues, y agradezcamos, que al creer nosotros las verdades de nuestra Fé, todo es obra de Dios: *Hoc est opus Dei, ut credatis*, nos dice Jesu-Christo. Todo es un dón singularísimo, con que su Magestad por los meritos de nuestra Vida Christo, y no por otros, nos quiso entrefacar de los Bárbaros para salvarnos: *Vobis donatum est pro Christo non solum ut credatis, sed etiam ut pro illo patiamini*, dice San Pablo. Yá, pues, este habito infuso, este inestimable beneficio, este dón sobrenatural de la Fé, con

mucha razon lo llama luz el Carecismo, con todas las Divinas Escrituras. S. Pedro: *Qui de tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum.* S. Pablo: *Qui dignos vos fecit patris Sanctorum in lumine.* Y en otra parte: *E ravis enim aliquando tenebra: Nunc autem lux in Domino.* Itai. *Populus, qui habitabat in tenebris vidit lucem magnam.* Porque lo que es la luz en el mundo, eso es en el alma la Fé. ¿Qué es el mundo sin luz? Una confusion triste, una lobre-guéz embuelta, en que ni lo apacible se goza, ni lo agradable se vé, ni lo gustoso se conoce: lo mismo parece un jardin de flores, que un erizo de espinas. Entrad à obscuras en una sala, colgada à maravilla de las mas ricas tapicerías, espejos, laminas, alhajas de valor, menage de precio: pasad ahora à obscuras à un calabozo habitado de sapos, y sabandijas, cubierto de telarañas, y por alhajas cepos, cadenas, grillos: ¿qué os parece de lo uno, y de lo otro? Para mí (diréis) todo es uno; como entré à obscuras, ni sabré decir cuál es la sala, ni cuál es el calabozo, porque sin luz, todo ello es uno. Pues así à los ojos de Dios, las almas que no tienen la luz de la Fé, nada hay en ellas agradable, nada que tenga valor, nada que tenga precio. ¡Ah, soberana luz, cómo no te sabemos estimar! Lo segundo, es luz la Fé, porque así como perdidos à la media noche en una espesa selva, en una intrincada montaña, sin luz no podemos coger el camino para salir de perdidos: así como cuando se nos pierde de noche alguna cosa, sin luz no podemos hallarla, por mas que la busquemos: y así como sin luz no podemos gozar de esta vida lo mas gustoso de ella, lo mas amable: ¿cómo puede vivir (se lamentaba allí Tobías) el que no vé la luz del Cielo? Así sin la luz de la Fé, entre tinieblas de nuestra ignorancia perdidos, jamás hallaríamos el camino de nuestra eterna casa, que es el Cielo: jamás hallaríamos la inestimable joya, que se nos perdió desde Adán, que es la gracia, y jamás gozaríamos los deleytes de la mayor vida, que es la eterna. Lo tercero, es luz la Fé, porque así como nuestros ojos sin la luz no pueden descubrir, ni vér los objetos; así nuestro entendimiento sin la luz de la Fé, ni puede conocer à Dios, ni sus soberanos Mysterios.

San Severino, primer Apóstol de Noruega, predicando à aquellos Pueblos, se resistían tercios no pocos Idólatras, mezclados entre los que ya eran Christianos. Y para que se confirmasen los unos, y se reduxesen los otros, hacelos juntar à todos en la Iglesia; y que todos, así Christianos, como Idólatras, traxesen cada uno en la mano una vela apagada. Quando ya estuvieron juntos, y todos con sus velas apagadas, y sin luz en las manos, postrado ante el Altar el Santo Obispo: Oh, Señor; (dixo) y Dios verdadero, dignate ahora de mostrarles à estos la luz de tu conocimiento, y muestrales cómo se distinguen los que te adoran à tí verdadero Dios, de los que malogran sus cultos en los falsos Idolos. Al punto que dixo esto, todas las velas, que tenían en las manos los Christianos quedaron encendidas, sin vér, ni sa-

ber por donde les vino la llama; y fofas apagadas, y sin luz las de los Idólatras. Prodigio que bastó à que todos ellos abrazasen al punto la luz de la Fé. (Baron. ann. 473.) ¡Ah, Catholicos! Una antorcha encendida nos ponen en el Bautismo en la mano; que es la señal de nuestra Fé. Otra vela encendida nos ponen en las manos al punto amargo de espirar. ¡Oh, qué dos luces! Una al nacer, otra al morir. Con aquella luz en el Bautismo nos muestra la Fé patentes todos los thesoros de Dios. Vemos con ella prevenida su gracia, y vemos franqueados sus Sacramentos: vemos los caminos de nuestro remedio, y vemos abiertas las puertas de la Gloria. Y con la vela al punto del morir, ¿qué hemos de vér? Veremos malogradas tantas luces. Veremos perdido tanto conocimiento. Veremos despreciados tantos auxilios, perdidos tantos medios, y sacrilegos tantos Sacramentos. Veremos en medio de tanta luz tantas caídas, tantas ceguedades, y tantas culpas. Veremos cerradas por nuestra culpa las puertas del Cielo, y abiertas las del Infierno. ¡Oh, no lo quiera Dios! Pues para que no sea, cotejada esta luz con aquella luz, que toda es una misma luz de la Fé.

Pero aquí me opondrán una grave dificultad: ¿Padre, si la Fé es luz, cómo es obscura? Si es luz, cómo es esa luz para no vér? Así añade el Catecismo: *Es una luz sobrenatural, con que sin vér creemos.* ¿Pues luz para no vér? Luz, y obscuridad son dos cosas contrarias; ¿pues cómo pueden estar en la Fé juntas? ¡Gran dificultad! pero aguarden. Sucede venir un Navio à todo trapo, ansioso por ganar ese Puerto de la Vera-Cruz; pero corriendo mas que él el dia, corriendo sus tinieblas la noche, le quita de los ojos el Puerto, y lo llena de peligros, si se arroja, de hallar en el Puerto el naufragio. ¿Pues qué hacen? Quién no lo sabe? Echan farol, y descubriendolo acá desde el Castillo, correspondiente al punto con otra hermosa llamarada, que en sus lenguas de luz les dice: Aquí está el Puerto. ¡Oh, cómo luego aquellos fixan la vista en esta llama, cómo la atienden en sus pasos, cómo la observan en sus movimientos, sin permitir que el favelo dé paso, que no sea encaminado hacia à aquel Farol! como les vá en eso la hacienda, la vida, el ganar el Puerto, y el llegar al tan deseado salvamento. Y así lo consiguen. Pregunto ahora: ¿Hay luz allí? Sí, y muy clara. ¿Hay tambien obscuridad? Como de media noche. ¿Vén aquellos el Puerto? No lo vén, que está obscuro. ¿Saben que está allí el Puerto? Sí, que eso está claro. Pues no me pregunten mas: esa es nuestra Fé; y agradezcan la comparacion, si es buena, al primer Maestro de nuestra Fé, mi Padre S. Pedro: (S. P. Ep. 2. c. 1. v. 19.) *Cui benefactis attendentes quasi lucerna lucenti in caliginoso loto, donec dies eluceat.* Navegamos, Fieles, el peligroso mar de esta vida en la tupida noche de nuestra ignorancia; pero en ella la luz de la Fé nos guia, la luz de la Fé nos muestra dónde está el Puerto, dónde la seguridad, y dónde el salvamento. No

vemos ahora lo que esta soberana luz nos muestra; esto es ser obscura la Fé; pero sabemos bien, que allí está todo lo que nos dice: esto es ser clara esta luz. Mas si de ella apartamos los ojos, ¿dónde van nuestros pasos? A los escollos de las culpas, y à naufragar en una condenacion eterna.

Yá, pues, este fanal luciente de nuestra Fé, pienso que nos lo quiso Dios dár à estimar con un prodigio tan estupendo, que antes de contarlo, asiento que ha estado à la pública vista de todo el numeroso Reyno de Flandes, y fuera de referirlo muy graves Autores, que cita nuestro Engelgrave (*Celesti Pant. in fest. Pur. s. 2.*) afirma, que le aprobaron dos Sumos Pontifices, Sixto IV. y Clemente VIII. Yá, pues, en Arras, Ciudad populosa, y una de las mas célebres de Flandes, se emprendió una funestísima peste, de que morian innumerables, y quando en la tierra no se hallaba al mal algun remedio, lo huvo de traer del Cielo: ¿quién, sino la que es el refugio de los afligidos, y la que es la salud de los enfermos, María Santísima? Apareció la Señora en una misma noche en distintos lugares à dos mancebos, que con públicas enemidades entre sí tenían llena la República toda de sus escándalos, y dixoles à cada uno, que de su parte fuesen à Lamberto, Obispo de aquella Ciudad, y le dixesen, que para el siguiente Sabado en la noche la aguardase en la Iglesia, prevenida una grande vasija de agua, porque en ella le queria dar el universal remedio para la peste, que tanto los affigia. Fue cada uno de aquellos con su embaxada, hallanse juntos delante del Obispo, que conoció al punto la causa de haverlos à ellos escogido la Señora, para que haciendose amigos, se quitara primero de la Ciudad su escándalo, si havia de tener la Ciudad remedio: que males públicos, de ordinario los envia Dios por los escándalos. ¡Ah, México! Hizolos allí amigos el Obispo, y juntos aguardaron à la Señora la noche del siguiente Sabado; quando à la media noche, lleno de resplandor todo el Templo, apareció con increíble hermosura la Reyna de ella, y de los Angeles. Traía en la mano una hacha encendida, y diciendole al Obispo, que bendixese el agua, volviendo la Señora la hacha, derramó en aquella agua algunas gotas de cera, y dixo: que diesen aquella agua à los enfermos; y poniendo la hacha ardiendo en el Altar, desapareció la Señora. Fueron luego bebiendo de aquella agua, y sanaron todos los enfermos, y acabóse la peste. Pero yo aún no he empezado lo mayor del prodigio.

Puso la Señora aquella hacha ardiendo en el Altar el año de mil ciento y cinco. No huvo quien se atreviese à apagarla, con el debido respeto à la mano que la puso. Pasóse un dia, y otro, y la hacha allí se estaba ardiendo: fueron pasando semanas, y no solo profeguía en sus ardores, sino que observaron, que ni se havia minorado, ni gastado un punto. Entonces yá reconociendo allí superior llama, hicieronle una caña de plata, que la ciñe. ¿Y cuánto les parece que ha durado? De lo presente

no sabemos; pero quando el Autor escribe este prodigio, afirma, que aún duraba todavia ardiendo, y se contaban yá quinientos y setenta y tantos años sin cesar de dia, y de noche estaba ardiendo, no solo sin consumirse, sino aun sin baxar la llama ni un dedo de donde la caña de plata la cerca. De lo que derrite se han hecho otros muchos cirios. Se guarda en la Iglesia de Arras una grande bola de cera; y el hacha allí se está en sus luces, y en sus ardores. ¡Oh, Fé Cathólica, y qué argumentos tan claros tienen tus vanidades! Y como sirve aquella luz material, para que mejor veamos la soberana luz, con que nos muestras lo divino, lo indeficiente, y lo eterno. Así, Fieles, sigan esta luz nuestras obras; así logremos con el ajuste de nuestras vida el resplandor de su verdad, para que la que ahora es luz de Fé, pase, despues de esta vida, à sernos en el Cielo lumbre indeficiente de Gloria.

## PLATICA XV.

QUE SIENDO CIEGA NUESTRA Fé, debemos creer en sus Mysterios, sin atender à nuestra vana curiosidad.

A 26. de Julio de 1690.

NO fuera nuestra Fé tan admirable, tan sobrenatural, y tan prodigiosa, si nuestros ojos pudieran dár razon de sus luces, si nuestras palabras pudieran explicar sus secretos, y si nuestros entendimientos pudieran penetrar sus mysterios. Mas puede Dios hacer, que quanto puede entender el hombre, dice Agustino. Mas para que de algun modo hagamos concepto de lo que la Fé nos dice, pase cada uno por la consideracion este suceso. Una miserable muger, ò fuese à merecida pena de sus delitos, ò à desfavores fuese de su desgracia, estando preñada fue puesta, mejor diré, enterrada en un hondo, y tan obscuro calabozo debaxo de tierra, que sin amanecerle allí jamás el dia, la escasa luz de un candil era la que latiendo à pausas, le acordaba solo que estaba viva. Llegóse el tiempo, y dió, iba à decir à luz, mas no la dió sino à tinieblas, una tan desdichada criatura, que aun desde el vientre yá se le perpetuó la carcel: allí fue creciendo, mas que en la edad, en la desdicha, porque se iba llegando à conocerla. Alumbróle al fin la luz de la razon entre aquellas tinieblas, y vióse entonces sin gozar mas espacio su vida, que quatro cavados respaldos; pero à la madre yá le era algun consuelo su compañía, y algun alivio su conversacion. Mira, hijo, le decia, aqui sobre nosotros está un mundo, ¡qué hermoso! Si lo vieras, yo no sabré explicartelo, porque ni tú me has de en-